

4

LIDA.

ROMANCE HISTORICO

Escrito para Folletin del MENSAGERO

POR

Manuel Ricardo Palma.



LIMA—IMPRESA DEL "MENSAGERO."



CAPITULO I.

ALGO DE HISTORIA.

Bajo la dominacion del rey de España é Indias D. Felipe IV. entró á Lima, donde fué recibido con gran aparato y pompa, D. Diego Fernandez de Córdova, Marques de Guadalcazar, nombrado Virey del Perú.

Esto era por los años de 1622.

El Virey unía á una elevada intelijencia un corazon resuelto y generoso. Su rostro aunque nada tenia de la belleza varonil era, no obstante, simpático.

Varias veces se puso en pugna con el Tribunal del Santo Oficio, rechazando esos terribles autos de fé en que la plazuela de Otero, venia á ser el teatro donde se ejecutaba una sangrienta farsa, escrita por el fanatismo y aplaudida por la supersticion ó ignorancia de la multitud.

Entónces en un pueblo sencillo se encontraban brujas porque era preciso encontrarlas y hoy ¡cosa rara! en que si no estamos corrompidos, no podemos llamarnos sencillos, ya tendria trabajo para toda su existencia quien se propusiese buscarlas.

Y es que á los pueblos nacientes es fácil engañarlos y especular con sus sentimientos, porque esas sociedades creen y esperan.

Hoy se pierde la esperanza y con ella la fé.

El Marques de Guadalcazar nunca miró con impasibilidad el sacrificio de sus semejantes y cuando no podia salvar de la hoguera á las víctimas, escusaba por lo ménos presenciarse su agonía.

Quería inspirar en el pueblo el sentimiento relijioso por medio de la caridad, alma del cristianismo; así es que no era extraño encontrar los sábados invadidos los patios del palacio por una tropa de méndigos.

La fábrica de templos también llamó su atención, tanto que la Catedral de Lima se estrenó el Miércoles de Ceniza de 1623, gracias á sus esfuerzos y actividad; por lo que mereció un elogio de su Santidad Gregorio XV.

Ordenes reales le obligaron á prohibir el uso del manto á las lindas hijas del Rimac, vaporous seráfines de amor que con solo una mirada llena de voluptuosidad y vida, encienden una hoguera en el corazón.

No seré yo, encantadoras limeñas, quien critique ese oscuro manto al través del cual *puede adivinarse un cielo*: no temais que mi pluma niegue el raudal de poesía que envían al alma vuestros hechiceros ojos.

Raro prurito de legislar que no respeta ni el tocador del bello sexo!

Los hombres del siglo xvii especulaban con los vicios ó ridiculeces de su siglo ni mas ni menos que los del xix.

No calumniemos al siglo en que vivimos ni ni al siglo en que vivieron nuestros padres: porque esto sería especular calumniando; aplicar un hierro candente en la faz de la humanidad.

“Antony, hijo de una fantasía calenturienta
“no es el corazón del hombre tal como la Divini-
“dad lo formó; tal como quiso que fuera.

Esto decia en 1851 Luis Mariano de Larra (hijo del malogrado Figaro)

El siglo xvii fué mas ignorante que vicioso.

El siglo xix es mas digno de compasion que criminal; porque su juventud se deja arrastrar de la moda.

Hoy es moda el catolicismo de Balmes; por la noche lo serán Triboulet, Hernani, Ruy Blas, Lucrecia Borjia.

No escupamos sobre la humanidad.

No la afrontemos sus faltas.

No la calumniemos.

¡Y casi siempre es la juventud la que desempeña esta tarea de reprobacion!

Mas vendrá un Cristo que asida de la mano la guiará:

Acia la luz.

Acia la verdad.

Acia el porvenir.

.....

La época de los Vi-reyes llegó á nosotros preñada de fábulas y como la encarnacion del vicio; parodiando en menor y mas ridícula escala la corrupcion de la córte de LuisXIV.

Todos los potentados se nos ofrecen como imitadores de Richelieu; por mas que nos resistamos á engalanar con la corrupcion una sociedad naciente.

La juventud no podia elevarse ni por sus virtudes ni por su intelijencia. Una mano de hierro la detenia en su carrera.

Hoy la intelijencia se vende, se pone en

mercado la virtud: y solo así, solo humillándose como reptil puede medrar un jóven.

Lo que vá de siglo á siglo!

Antes se buscaba en un jóven la hipócrésia; hoy se le ofrece un porvenir á trueque de prostituir su conciencia.

¡Hemos ganado?

CAPITULO II.

DONDE SE VE QUE UNA MIRADA MOTIVA

UN CASAMIENTO.

Lida Ramirez era hija del Conde de Bar-neto, propietario de una hacienda situada á pocos pasos del lugar donde hoy se encuentra la iglesia de Nuestra Señora del Cármen de la Legua.

Si habeis ido al Callao en diligencia y no por el camino de hierro, os habeis acaso visto forzados á visitar ese templo y dado una limosna al viejo relijioso que hace á la vez los oficios de sacristan y demandero.

Acompañadme entonces, lectores, á esa iglesia en una fresca mañana de Abril del año 1624.

Un jóven oficial que en un brioso alázan se dirijia al puerto, entró al templo que por aquellos años era tan solo una capilla.

Los poetas han dicho siempre que la mañana en el campo es alegre, sin embargo, hay seres para los que nada puede inspirar mayor melancolia.

El leve murmullo del aúra que mece los penachos de los árboles, la calma interrumpida

por el canto de las avecillas, el tañido de las campanas que se oye en lontananza, el sol que se alza entre confusas y pardas nubes; todo, todo hace creer que la naturaleza se levanta de una tumba en la que se acostara despues de los desordenes de una orjía.

En la soledad mas que en otra parte se inclina el hombre á pensar en el Hacedor. Los sentimientos relijiosos se despiertan en el alma con gran fuerza y sin pensarlo quizás, elevamos la vista al cielo, el pensamiento á Dios.

Entonces el hombre y el poeta cristiano son un solo ser.

Se exala el corazon en armonia y el alma toda, es un cántico que sube puro, como los primeros rayos del sol, hasta el trono de la divinidad.

El oficial cruzó la capilla y fué á arrodillarse ante el altar de Maria.

Al levantarse observó á pocos pasos de él una mujer que oraba Era imposible descubrir sus facciones al través de la semioscuridad de la capilla.

Esa uniformidad de circunstancias, enjendró en el jóven una especie de simpatia por aquella mujer.

¡Anjel del misterio y del dolor que demandaba una gota de miel que endulzase el acibar de sus amarguras!

Tal vez era desgraciada!

El oficial estaba inmóvil.

Una de las ventanas impelida por el viento, dejó penetrar un rayo de sol y merced á él, pu-

do á sus anchas contemplar un rostro lleno de encantos.

Dieziseite años podia tener á lo mas. Llevaba sueltos sus negros cabellos sobre una espalda blanca como el armiño: dos ojos negros y rasgados reflejando sentimiento y vida, daban espresion á ese anjel cuyo conjunto de perfecciones formaba una mujer.

Tan arrobada estaba en su plegaria que no observó la avidez y fijeza de las miradas del jóven.

En su relijiosa y candida absorcion, habria inspirado á Rafael una obra inmortal. El Tasso mismo no habria rehusado cantarla y ligar su belleza con la de Eleonora D'Este.

La atmósfera de castidad y beatitud que la rodeaban, impelian al jóven á respetarla.

Las diversas emociones que experimentaba ¿eran amor?... No descorramos el velo que cubre los misterios del corazon.

De pronto sus miradas se encontraron; el pudor coloró las pálidas mejillas de la jóven y él sintió todo su ser estremecerse. Cuanto en esa mirada se dijeron no puede traducirse por palabras.....

Desde ese dia, el oficial asistió á la capilla para contemplar á la bella desconocida que iba á orar por la memoria de su madre.

Se amaban sin decirsele.

El alma virjinal de la jóven concebía á Dios en el amor.....

A principios de Junio del mismo año tuvo lugar el casamiento de Lida, condesa de Barne-
o con el capitan Abigail Gonzales.

Cualquiera que esté al cabo de las preocupaciones que reinaban en la sociedad que hemos procurado pintar, se admirará de que este casamiento se hubiese efectuado despues de cuatro meses de amorios á usanza de los de la época actual.

Entónces no era necesario contar con el corazon de una jóven; bastaba la voluntad de los padres y tanta precipitacion llevaban los galanes, que una semana era tiempo mas que de sobra para enamorarse y recibir la bendiccion del cura.

Pero hoy los asuntos matrimoniales se manejan de otro modo.... á la romántica; porque tal es el espiritu del siglo.

III.

FELICIDAD CONYUGAL.

Una semana habia corrido y los esposos disfrutaban de esa felicidad que las almas sensibles gozan solo una vez en la existencia.

La infancia es el broche que encierra una flor llamada la vida. La juventud es la misma flor que luce sus galas acariciada por una brisa que se llama la ilusion.

El sentimiento es su tallo.

El amor su rocío.

Lida amaba á su esposo con todo el ardor de un corazon de diecisiete años; con toda la poesia de un alma cast ; con ese amor virjinal

que en las primeras auroras del Paraiso de beatitud eterna, sintieron el primer hombre y la primera mujer.

Retirada del bullicio de la capital buscaba solo goces en el cariño de su esposo: en una palabra, veia la existencia por un prisma dorado que reflejaba amor por todas sus faces.

Abigail la adoraba con ese dulce sentimiento que debe inspirar al niño reclinado en la cuna, la presencia de su anjel custodio. Olvidando las amistades y goces con que le brindaba la ciudad vivia contento en la hacienda con Lida y para Lida.

Verdadera felicidad de dos corazones juveniles que se habian comprendido fácilmente! Porque tan es cierto que el alma tiene su lenguaje mudo, como es verdad que el murmullo de un lago, el susurrar de un bosque son otros tantos idiomas de la naturaleza.

Cuantas veces un suspiro encierra una historia entera y una lágrima es un poema que no á todos es dado leer.

Solo el sentimiento comprende al sentimiento.

Lenguaje misterioso en que el espíritu habla al espíritu!

Vibracion unánime de dos fibras heridas por la mano del destino!

¿Quién mas feliz que Lida? Amaba y era amada.

Al septimo dia, despues del de la boda, recibió Abigail una órden del Virey en que le ordenaba unirse inmediatamente con su rejimiento

acantonado en el Callao, para defender la población de cualquier tentativa de desembarco de los piratas estacionados en el cabezo de la isla de San Lorenzo. Oficial pundonóroso, se despidió de su esposa ofreciendo volverla á ver tan luego como las atenciones del servicio se lo permitieran.

IV.

AYER, HOY, MAÑANA.

Esclava que acaricia la cadena que liga sus miembros, mariposa que abandona el verjel y quema sus alas tornasoladas el resplandor de una lámpara ¡Algo mas era ayer nuestra patria?

Pobre Virgen! Tus mas sentidas canciones se confundian con el ¡ay! del moribundo, y cada aurora te traía una nueva pena, y cada rayo de luz se quebraba en las tinieblas de tu humillacion, y cada hora en el reloj de tu existencia añadía un eslabon á tu cadena.

Está escrito que un pueblo se regenera con el bautismo de sangre y tus hijos ¡patria mia! se apiñaron en redor de la enseña que San Martín y Bolívar, precursores del presente, levantaron en tus llanos.

Porque el presente que ellos soñaron era la Libertad.

Era la República.

¡Quién no ha sentido al salir de las tinieblas heridas sus pupilas con el resplandor del sol?
¡Quién no ha llorado con el Profeta ante los muros de Jerusalem?

Y nosotros, generacion parásita, que sin

haber vivido en la noche existimos en el día, nosotros flores henchidas de perfume y vida; nosotros, los que decimos *tenemos patria*, quizá, negamos un recuerdo al Cristo del ayer.

Nosotros, para quienes el astro rey no se hunde en el Oceano; creemos eterno el hoy y nuestra miope mirada no alcanza al nebuloso horizonte del mañana; porque el mañana es el no ser.

El mañana es de nuestros hijos.

Giman ellos como ayer jimieron nuestros padres.

El hoy es nuestro: —gozemos.

El porvenir es infinito: —es la eternidad.

El cielo ó el abismo.

Dios ó Satan.

La libertad ó la esclavitud.

Gozemos y cuando toque á nuestro dintel el mañana, aprestemonos beodos á huir de su influencia.

Materialistas de corazon, materialistas de intelijencia, nacidos en un siglo sin poesia, sin verdad, encenaguemonos en la orjia porque en la orjia no hay religion.

El sentimiento se embrutece.

Y en verdad os afirmo, que el mañana necesitará un Cristo que lo regenere de las manchas del presente.

O como langostas se lanzarán otras gentes sobre nuestras mieses, y talarán nuestros campos, y pondrán en mercado nuestra honra, y echarán suertes sobre nuestros hijos, y arranca-

rán con impúdicas manos el casto velo de las virgenes.

La fuerza bruta es Satan;

La duda es el abismo;

He aquí la tiranía: he aquí la esclavitud.

Sin fé, sin amor sereis sometidos al yugo.

La Polonia espera y en la lucha del espíritu con la materia la esperanza es inmortal.

La fé! El amor! Faros de luz misteriosa que iluminan el infinito!

Yo quisiera cegar mis pupilas en vuestros rayos!

Yo quisiera lanzar fuera de mí las quejas del corazón mezquino y entonaros un himno más grato que el beso de la mujer que amamos, más casto que el sueño del infante, puro como la sonrisa de un Dios que muere perdonando, tierno como el arpa del rey poeta y de tanto sentimiento como una lágrima de María.

Ayer dudámos....y fuimos esclavos.

Luego creímos....y fuimos libres.

Hoy ni dudamos ni creemos.

Mañana.....

.....es el porvenir.

CAPITULO V.

EL RAPTO.

Ya es tiempo de volver á nuestra narracion. Harto nos hemos desviado de ella, por dejar correr la pluma en una disertacion asaz seria para nuestra frivolidad característica.

En una oscura noche de Junio un hombre

cruzaba á galope la alameda que conduce de Lima al Callao. La falda de un ancho sombrero de paja velaba su fisonomía. La impaciencia con que espoleaba los hijares de su fogoso caballo, revelaba claramente que iba en busca de algo que la demora podía arrebatarse.

Tan siniestra era su figura, que le habriais tomado por la imagen del tiempo amagando el postrer instante de la humanidad!

De pronto, al pasar por el Carrizal sintió el caballo detenido por la brida y una voz aguardentosa le dijo:

—La plata é la vida!

—Juan Francisco!

—Perdone U. capitan, no lo habia reconocido y en una noche oscura ¡qué diablos! es tan fácil equivocarse.

—Y tus compañeros?

—Están repartidos por el monte, capitan.

—Hoy haremos una buena presa, amigo mio. En breve debe pasar una caleza por aqui y es preciso detenerla.

Juan Francisco aplicó á sus labios un silvato y dos minutos despues aparecieron, separando las ramas del bosque, como diez hombres haraposos y de perverso semblante.

—Mañana será un dia de botin. La noche será de amor, será de venganza. Cedo á UU. la parte que me corresponda en el próximo saquéo. Solo me reservo una mujer.

—Buen provecho os haga, capitan ¡Haya oro que hembras y taberneros judios con quiene

gastarlo no han de faltarnos!

—Dice bien, Lesmes; y es gracioso, capitán, que una muchacha os trabuque el seso hasta el punto de hacerlos abandonar la mar, para correr en tierra peligros desconocidos para nosotros ¡la amais mucho?

—No, amigo mío—La ódio.

—Cáspita! Entónces dejadla en paz.

—Es muy dulce la venganza, Juan Francisco. Uno de los bándidos se acercó entónces á ellos dejando percibir un leve sonido.

—¿Qué hay?

—Siento ruido.

—Tienes buen oído, Lebrel; díjole el gefe dándole una palmadita en el hombro. A su escondite cada cual.

Y el camino quedó solitario pareciendo que el bosque era un abismo donde iban á sumerjirse los bandidos.

En efecto, una caleza se acercaba pausadamente repitiendo el éco el monótono sonido de las ruedas.

De pronto rodearon los bandidos la caleza á la voz de

—¡Alto!

Un grito resonó en el interior del carruaje de donde sacó el capitán en brazos una mujer desmayada.

—Ahora, muchachos, á caballo y á bordo.

El capitán dió el ejemplo colocando delante de la silla tan leve carga y la conativa se dirigió acia la mar brava: miéntras el calesero

asustado con lo terrible del lance, no sabia que partido tomar.

VI.

LEONA LA VENECIANA.

La cámara del capitán de la fragata *Reina* estaba alumbrada débilmente por una bujía, quedando casi á oscuras un estremo de ella en el que habia un lecho de madera y un pequeño estante.

Al lado de una mesa cubierta de vinos españoles se veía una silla, en la que estaba reclinada una mujer jóven y bella. Estaba desmayada.

Al estremo de la cámara donde no alcanza el resplandor de la luz se percibia inmóvil y de pie una figura vestida de negro. Solo por el brillo fosfórico de sus ojos se habria conocido que era un ser animado.

El capitán descendió de la cubierta; se acercó á la mesa y bebió un poco de vino.

— Ya se ha arrojado el brulote. . . . Si el viento nos favorece y lo lanza sobre la poblacion, esta misma noche vendrán á nuestro poder las inmensas riquezas encerradas en el Callao. . . ¡Ob! Seré muy feliz si mi sueño dorado se realiza; porque entónces tendré tesoros, habitaré palacios; tal vez el amor me hará honrado; porque mi existencia toda se deslizará en brazos de ella.

Luego, lanzando á la desmayada una ardiente mirada, continuó

— ¡Ella! ¿llegará á amarme? ¿Tanta felicidad podrá soportar mi espíritu? ¿Y que he hecho

para conseguir su cariño? Robarla á su esposo
¡Infamia! Infamia!

Púsose entónces de rodillas ánte la jóven estrechando sus manos de nieve entre sus ardientes manos.

¡Oh Lida! alma mia! vuelve en tí! Si despertaras de ese sueño de ánjel y leyeras en el fondo de mi alma, si supieras cuanto te amo me compadecerías.....

Y acercó sus labios á la mano de la jóven que se estremeció como al contacto de una ascua y volvió de su letargo dando un grito.

—¿Dónde estoy?

A mi lado, señora; cerca de un corazón que os adora.

—Ah! todo lo comprendo, monstruo.

—Merezco tus insultos Lida; pero no me desprecies porque te amo.

Y la infeliz hizo un esfuerzo para levantarse; pero sus rodillas vacilaron y volvió á caer sin fuerzas en el asiento.

—Me odias, Lida? Eres injusta. ¿Crees que se puede decir al corazón, te mando que no palpites, te ordeno que no ames? El día de tu desposorio pasaba disfrazado para Lima; te ví, Lida, radiante de juventud y hermosura y desde entónces juré que serias mia. Amame, alma de mi ser, con el amor infinito, ardiente, devorador con que te adoro.

—La muerte antes que ser vuestra, infame.

El palido semblante del capitán se coloró entónces por la rabia. Sintió que la sangre

agolpaba á sus ojos y con un acento que mas se asemejaba al rujido de una fiera que al humano, exclamó.

—No, mujer orgullosa, vivirás.

Tu virtud, tu belleza misma servirán solo para alhagar mis caprichos. Estás en mi poder, insensata. ¿Y quién podrá libertarte? Esclava... soy tu señor. ¿Entiendes?

Eres mía para siempre. Esclava, tu dueño quiere placeres? que le importa tu corazón? y estrechaba los brazos de la jóven procurando atraerla ácia su pecho.

Entónces resonó una carcajada en el fondo de la camara y al lado del capitán se presentó una figura de mujer, descarnada, vestida de negro y con las marcas de una frenética locura en su rostro.

Se conocia que aun era jóven; pero ¡las hondas huellas del pesar habian de tal modo surcado su rostro! La fiebre habia marchitado sus facciones!

— Leona!... balbuceó el pirata.

—Este es el dia de la venganza, Jacobo.

—Es cierto porque vas á morir.

La loca contestó con una nueva carcajada —¿Hablas de morir, Jacobo? Tienes razon porque estás envenenado.

—Envenenado! repitió el pirata alargando la mano para tocar la cuerda de una campanilla.

— Es inútil que llares.

Nadie te oiria; porque ya no eres el capitán. El brulote que mandaste arrojar sobre el

Callao ha reventado en las playas de Bocanegra.

—Infierno!

Y la loca complaciéndose en los tormentos de su antiguo amante, continuó.

—Tus compañeros se han insurreccionado: los buques han levado anclas y aquí estamos solos tu, yo y esa infeliz que pretendías deshonrar como á mi.

—Leona.....!Piedad.....!

—No.....!Estoy loca.....!No lograrás conmoverme. La venganza de una veneciana es terrible.

—Leona.....!

Y Jacobo L'Heremite, el pirata que esparcía el terror en el Pacífico cayó lanzando una espantosa maldición.

La loca lo contempló un instante en silencio; luego inclinándose sobre el cadáver.

—Estoy vengada.....! murmuró y una escotilla de la fúnebre camara, dió paso á su cuerpo que cayó al mar para ser juguete de las olas.

VII.

CONCLUSION.

Despues de aquella noche, al alzarse el rojo sol de su lecho de espumas y esmeralda, los habitantes del Callao notaron con placer que la escuadra flibustera que amagaba sus hogares se alejaba desplegando en el horizonte sus blancas velas, como una parvada de cisnes que extienden sus nevadas alas en el espacio.

De pronto se notó sobre las olas un objeto que era impelido por ellas áeia tierra. Era el

cadaver de una mujer; eran los inanimados restos de Leona.

De los once buques piratas sólo uno estaba fondeado en el cabezo de la isla. Tres bergantines españoles y algunas embarcaciones pequeñas se dirijieron á él; pero no observando la mas leve señal de resistencia se resolvieron á abordarlo.

Lida, único ser viviente que encontraron, volvió á los brazos de su esposo.

Desde este dia, la felicidad huyó de este matrimonio poco antes tan dichoso. La desconfianza heria el ánimo de Abigail y Lida, observando el poco cariño con que la trataba su esposo, prefirió encerrarse en un claustro.

Melancolica azucena cuya savia era la abnegacion!

Juventud, placeres, todo lo sacrificó por volver la calma al corazón del hombre que amaba.

Si alguno de mis lectores se dirige hoy á la parte S. de la isla de San Lorenzo y se fija en una de las muchas lapidas de madera colocadas al pie de las rocas, podrá leer *mas que con ojos con manos* la siguiente inscripcion.

JACOBO L'HEREMITE

pirata holandés.

1624.

AMERICA.

Y dijo Dios á la inocente América,
Niña que arrulla cristalino el mar:—
Del ancho mundo en la estension esférica
No existe ¡virgen! para tí rival.

Cruce por bosques el caballo dócil
De encendida esmeralda y de rubí;
Ornen volcanes la altitud indócil,
De tus nevadas cordilleras mil.

No habrá en tus campos huracán satánico,
Yo primavera te daré eternal;
Cual sol haré reverberar volcánico
De tus hijas el lánguido mirar.

En tus ciudades de beldad poética
Sifides lanzaré; mujeres no,
Que en su sonrisa de atraccion magnética
Sepan robar no solo un corazón.

Tu frente bella ceñirán magníficas
Coronas de topacio y de coral,
Y las alas lucientes y pacíficas
Del ángel del placer te mecerán.

De tu horizonte la cortina célica
Teñida siempre mirarás de azul;
No de un estraño la ambicion famélica
Causará á tus ensueños inquietud.

Si triste esclava de faccion estólida
Llegas un día por desgracia á ser,
Será de oro la cadena sólida
Con que tu dueño te atará los piés.

Tigres tus hijos de laureles ávidos
Se alzarán combatiendo la opresion,
Y te abrirán con su altivez impávidos
Camino al porvenir y al esplendor.

Quede á la Europa cuanto vieja débil
Amos tener que escupirán su sien,
No á tí, á quien ama el cefirillo flébil,
No á tí, jemela del perdido Edem.

Duerme feliz, encantadora América,
Perla que besa enamorado el mar:
Del mundo todo en la estension esférica
No encontrarás, no encontrarás rival.

M. R. Palma.